

LA POLIFONÍA Y LAS CARTAS MARRUECAS DE CADALSO

Dolores TRONCOSO DURÁN

Las noventa cartas que se entrecruzan entre sí tres personajes forman el cuerpo central de las *Cartas marruecas*. Pero tanto la Introducción como la Nota del editor y la Protesta literaria que enmarcan las cartas demuestran el especial afecto que Cadalso sentía por ellas y su preocupación por utilizar los procedimientos adecuados para ser bien entendido. Por ello el análisis de este marco es imprescindible para comprender la obra.

Cervantismo y literatura epistolar

«La Introducción —escribe Sebold— toma como modelo el prólogo de Cervantes a la primera parte de su inmortal novela»¹. En efecto, la mención inicial de Miguel de Cervantes, el artificio del manuscrito encontrado y los consejos del amigo acerca de cómo editarlo, anuncian ya la filiación cervantina que Cadalso quiere dar a sus *Cartas*. Pero hay mucho más; como ya en 1952 advertía Ramírez Araujo «el *Quijote* constituye para Cadalso un modelo de crítica que habrá de tener en cuenta al enjuiciar las costumbres españolas»². En esta línea diez años después, Baquero Goyanes sostiene que «para Cadalso el *Quijote* está al frente de la literatura moderna por lo acertado de su condición crítica»³. Los dos estudiosos aportan nu-

¹ Cadalso, *el primer romántico «europeo» de España*, Madrid, Gredos, 1974, p. 198.

² «El cervantismo de Cadalso», *Romanic Review*, XLIII, 1952, p. 258.

³ «Perspectivismo y crítica en Cadalso, Larra y Mesonero Romanos», *Perspectivismo y contraste*, Madrid, Gredos, 1963, p. 20.

merosas pruebas de lo que ambos llamaron el «cervantismo de Cadalso» que incluye desde meras imitaciones idiomáticas hasta una muy especial actitud para contemplar la realidad circundante. La famosa ironía cervantina se refleja ya en la Introducción de las *Cartas* cuando Cadalso, al presentarse como editor del manuscrito duda si aquéllas serán auténticas o ficticias y, a renglón seguido, se identifica ambiguamente con el autor. Aún así, continuará el juego en la carta LXXI —«aquí estaba roto el manuscrito»⁴— y en la Nota del editor. Por fin, en la Protesta literaria, sus soñados lectores le increpan como «editor, autor o lo que seas», le llaman «Vázquez» y aluden a *Eruditos, Suplemento y Ocios*.

El papel de editor, aunque sea irónico, le permite indicarnos cómo leer su obra y anunciarnos sus objetivos. Independientemente de que Cadalso al valerse del recurso aprovechara para burlarse de su gastada utilización, aquí tenemos ya una primera muestra de «esas coartadas cervantinas que el autor maneja en las *Cartas* para esconder su propia voz»⁵. Cadalso supo ver que la sabiduría literaria cervantina consistía en «escribir la mitad de lo que imagina» y en ofrecer tras «las extravagancias de un loco y las sentencias en boca de un necio (...) un conjunto de materias importantes» (pág. 224).

Pero Cadalso es hombre del XVIII; si Cervantes es el modelo profundo, en el género crítico-epistolar, tan de moda entonces en Europa, encuentra la formulación literaria concreta para su crítica. Las ventajas de este tipo de obras —amenidad, atractivo exótico, libertad autorial para tratar temas diversos— son enumeradas en la Introducción para justificar la pertinencia del «método epistolar». La doble filiación cadalsiana —tradición hispánica, contemporaneidad europea— es pues explícita.

A continuación, cita las «Cartas persianas, turcas y chinescas». Las primeras no ofrecen duda: se trata de las *Cartas persas* de Montesquieu cuyo éxito, a partir de 1721, puso el género de moda; su discutida influencia sobre Cadalso parece haber quedado clara desde los trabajos de Laborde, Hughes y Adinolfi⁶.

Con las «turcas» puede referirse a la obra pionera del género, *L'exploratore turco* (1648) de Gian Paolo Marana, o a las *Cartas de un turco en París* (1731) atribuidas a Poullain de Saint Foix. Por último, las «chinescas» pueden ser las de Jean

⁴ Cadalso, J., *Cartas marruecas*, Madrid, Cátedra, 1978, p. 256. Todas las citas pertenecen a esta edición.

⁵ Baquero Goyanes, M., Introducción a *Cartas marruecas*, Madrid, Bruñera, 1981, p. 18.

⁶ Laborde, P., «Cadalso et Montesquieu», *Revue des Langues Romanes*, LXXI, 1951, pp. 171-180; Hughes, José Cadalso y las «*Cartas marruecas*», Madrid, Tecnos, 1969, pp. 76-86; Adinolfi, G., «Le *Cartas marruecas* di José Cadalso e la cultura spagnola della seconda metà del settecento», *Filologia Romanza*, III, 1956, pp. 30-83.

Baptiste d'Argens —así lo cree Arce⁷— o *El ciudadano del mundo* de Oliver Goldsmith (1762) que, según muestra Katherin Reding⁸, ofrece singular parentesco con las cartas de Cadalso.

En cualquier caso, todas ellas tienen en común un propósito crítico hacia los países de sus respectivos autores envuelto en un tenue hilo argumental: las observaciones de un extranjero que viaja por el país. En las *Cartas marruecas* es Gazel, miembro del séquito del embajador marroquí, quien trata de conocer España ayudado por Nuño Núñez y escribe sus impresiones a su maestro árabe Ben Beley.

Como Cadalso piensa que «el demasiado exotismo resultaría increíble de este lado de los Pirineos» (pág. 9) trata de dar verosimilitud a su ficción tanto por medio del recurso del manuscrito encontrado como por las alusiones a sucesos y a personajes reales. Entre estas alusiones merece destacarse la base histórica de su viajero en el embajador marroquí Sidi Hamet al Gazzali que durante su estancia en España en 1766, se había dedicado, según la *Gaceta de Madrid*, «a observar y hacer apuntaciones de lo que juzgaba más interesante». La popularidad de este personaje real aseguraba a Cadalso el reconocimiento de los lectores coetáneos si se hubieran publicado las *Cartas*, como él quería, en 1774⁹.

Pero, a pesar de la obvia raigambre novelística de éste y otros recursos, el propósito de Cadalso no es narrar una historia, sino, como anuncia en la Introducción, tratar «el asunto más delicado que hay en el mundo, cuál es la crítica de una nación» (pág. 82). Para ello adopta un procedimiento idóneo, el perspectivismo, definido así por Baquero Goyanes:

«Una sátira oblicua, no ejercida directamente sino conseguida de rechazo al ser provocado el choque de unos valores, un sistema de vida que consideramos normal, con la mirada de unos seres ajenos a ese sistema y capaces, por tanto, de verlo y enjuiciarlo con objetividad»¹⁰.

En el contexto de tal procedimiento, útil a escritores de todos los tiempos para destacar lo normal con una perspectiva extraordinaria, sitúa Baquero a los Usbeck, Lien o Gazel, protagonistas de Montesquieu y sus seguidores. De los libros de viajes, tomaron estos autores el efecto perspectivístico obtenido de distanciar étnica y culturalmente al observador de lo observado; de la literatura epistolar la posibilidad de alternar voces y opiniones sobre los mismos temas.

⁷ *Cartas marruecas*, ed. cit., p. 78, n. 5.

⁸ «A Study of the influence of Oliver Goldsmith upon the *Cartas marruecas*», *Hispanic Review*, II, 1934, pp. 226-234.

⁹ Vid. Glendinning, N, y Dupuis, L., Prólogo a *Cartas marruecas*, Londres, Tamesis Books, 1966, p. XIII.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 12.

En el caso de las *Cartas marruecas*, aunque los corresponsales son tres y por tanto, en principio tres las perspectivas enfrentadas —la sabiduría universal de Ben Beley, la ingenuidad inexperta de Gazel y la experiencia desengañada de Nuño—, creo que los diversos ángulos desde los que se observa la realidad no surgen tanto de la diversidad ideológica como de las circunstancias naturales en que el autor sitúa a cada corresponsal: el país de origen, la edad y la distancia de lo observado, suelen a lo largo de la triple correspondencia, unir o separar a dos de los personajes de un tercero. Veámoslo funcionar en la práctica:

Por su nacimiento, Gazel y Ben Beley, aunque profundamente interesados en ella, lo ignoran todo acerca de la realidad española, mientras Nuño Núñez es gran conocedor de la historia patria. No existe corresponsal nativo en la literatura crítica epistolar anterior a Nuño pero, como sugiere Reding¹¹, quizás Cadalso se inspiró en el Hombre de Negro de Goldsmith. Este personaje, aunque no tome parte directa en la correspondencia entre Lien y Fum Hoam, acompaña desde el principio al primero en su visita a Londres y resulta indispensable como guía e intérprete nativo de la problemática inglesa. La mayor dimensión concedida a Nuño por Cadalso puede a mi juicio relacionarse con la profundización en lo peculiar español que caracteriza a las *Cartas marruecas* frente a otras obras del género, profundización sobre la que volveremos más adelante.

La dualidad español-extranjero se hace especialmente visible cuando, en temas como educación, matrimonio, nobleza, relaciones filiales o lujo, Gazel inicia sus cartas a Ben Beley comparando de forma explícita sus costumbres africanas con la conducta europea para, a continuación, relatar la explicación que Nuño le ha dado:

«En el imperio de Marruecos todos somos igualmente despreciables (...) pero en Europa...» (pág. 100).

«La poligamia entre nosotros está (...) expresamente mandada por la religión. Entre estos europeos, la religión la prohíbe» (pág. 119).

«En Marruecos no tenemos ni idea de lo que por acá llaman nobleza hereditaria» (pág. 127).

«Nosotros nos vestimos como vestían dos mil años ha nuestros predecesores (...) Pero en Europa...» (pág. 181).

Pero, en otros momentos, la edad priva sobre la nacionalidad de los personajes. La madurez, el profundo conocimiento del género humano une a Ben Beley y Nuño frente a la ingenua juventud de Gazel. Así lo hace notar el anciano musul-

¹¹ Art. cit., p. 228.

mán en la primera carta que escribe a Nuño para cerciorarse de las noticias que Gazel le envía:

«Me temo que su juventud le engañe (...) haz que te enseñe cuantas cartas me remita para que veas si me escribe (...) lo que sucede o lo que se le figura» (pág. 138).

De ahí, el papel corrector que ambos ejercen sobre el joven, moderando las opiniones más tajantes de Gazel: Ben Beley, por ejemplo, le señala aspectos positivos de la fama póstuma y Nuño enfría su entusiasmo sobre el caballero retirado.

Por lo que toca a la distancia, Nuño y Gazel, inmersos en la realidad española, ciñen gran parte de sus comentarios a situaciones y acontecimientos concretos, actuales o históricos, de los que Ben Beley desde su notoria lejanía «infiere» —así lo dice en cuatro de sus once cartas— consideraciones generales aplicables a toda la humanidad.

Frente a esas disparidades circunstanciales, los tres comparten ideales comunes: la búsqueda de la verdad, el elevado concepto de la amistad, la virtud como principio ético,... ideales basados en la noción ilustrada del «hombre de bien» que mutuamente se aplican:

«Sé que eres un hombre de bien que vives en Africa, (...) sabrás que soy un hombre de bien que vivo en Europa» (De Nuño a Ben Beley, pág. 186).

«Cada día me agrada más la noticia de la continuidad de tu amistad con Gazel, mi discípulo; de ella infiero que los dos sois hombres de bien» (De Ben Beley a Nuño, pág. 196).

Algunos críticos —Hughes, Sebold, Edwards, de forma implícita Glendinning¹²— han identificado a Nuño con Cadalso. Es cierto que muchos rasgos biográficos del autor coinciden con los de este personaje. Pero también Gazel recuerda a Cadalso en su calidad de viajero observador por Europa y varias provincias españolas y, en el retiro filosófico de Ben Beley está ese deseo, tantas veces expresado por Cadalso en su poesía y en su epistolario, de abandonar la sociedad. La carta XVII de Ben Beley ofrece, a mi juicio, indicios significativos de esa dualidad cadalsiana que Sebold sintetiza un tanto someramente en «el dandy y el filósofo»¹³; en las apetencias horacianas de Cadalso debió subyacer, más de una vez, el hastío del hombre mundano que en ciertos momentos fue¹⁴.

¹² Vid. Hughes, y Sebold, *ops. cit.*; Edwards, J. K., *Tres imágenes de José Cadalso: El crítico. El moralista. El creador*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1976. Glendinning, N., *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, Gredos, 1962.

¹³ *Op. cit.*, pp. 59-78.

¹⁴ «Nos fastidia con el tiempo, el trato de una mujer que nos encantó a primera vista; nos causa el juego que aprendimos con ansia; nos molesta una música que al principio nos arrebató; nos empalaga un plato que nos deleitó la primera vez; la corte, que el primer día nos encantó, después nos repugna» (ed. cit., p. 134).

Pero las simples coincidencias de los hechos de la vida de los personajes con los de su autor no pueden servirnos para extraer conclusiones sobre el sentido total de una obra. Es cierto también que Nuño es el personaje del que recibimos mayor cantidad de información, pero esa información está mediatizada: de las noventa cartas, Nuño sólo escribe diez, frente a las sesenta y dos en que Gazel introduce opiniones del español. Es decir que, en la mayor parte de la obra, su voz nos llega a través de otra, con lo que se refuerza el juego perspectivístico y Cadalso, siempre tras la huella cervantina, logra mantenerse distanciado de lo que escribe. Por todo ello, no creo que sólo a través de Nuño podamos oír al autor, ni transferir a éste todo lo que su personaje expresa. Más acertada me parece la opinión de Maurizio Fabbri, quien, tras señalar las diferentes hablas de los tres personajes y la falta de «discrepancias de fondo» concluye «los tres son aspectos especulares de un mismo pensamiento, proyecciones heteronímicas de Cadalso con paridad de significado»¹⁵.

Todo ello contribuye a la polifonía de la obra, es decir a «la pluralidad de voces y visiones de las que ninguna es objeto, sino todas sujetas en estado de responderse recíprocamente»¹⁶. Y tal pluralidad, en la que deben incluirse algunas voces más incluidas en ciertas cartas, tiene, como es obvio, una finalidad: huir del dogmatismo, lograr que la crítica sea dialéctica. Los ejemplos de relativismo de las *Cartas marruecas* son bien conocidos: el lujo o la fama póstuma son condenados o aprobados según se enfoquen desde una perspectiva ética o sociopolítica. La búsqueda de la verdad es obligación moral inexcusable pero, a veces, esa verdad debe «guardarse entre unos pocos» como en el caso del deísmo¹⁷. La guerra es reprochable, pero se admira profundamente a Hernán Cortés o a las conquistas de los Reyes Católicos¹⁸.

El caso más discutido, quizás por el valor que Glendinning le atribuyó en el significado total de la obra en 1962, y que él mismo reconoció como «una simplificación» en 1971¹⁹, es la disparidad de juicios acerca del compromiso social, la dicotomía «hombre bueno/mal ciudadano» que Nuño hace a propósito de la vida retirada.

¹⁵ «Don José Cadalso, redactor de las *Cartas marruecas*», *Coloquio Internacional sobre José Cadalso*, Bolonia, Piovan, 1985, p. 130.

¹⁶ Todorov, T., *Mikhail Bakhtine. Le principe dialogique*, París, Du Seuil, 1981, p. 127.

¹⁷ Vid. A. Saint-Lu en «Cadalso et Santiago. Notes a la carta marrueca LXXXVII», *Melanges a la memoire de Jean Sarrailh*, II, París, 1966, pp. 313-324.

¹⁸ Vid. Hughes, J. B., «Dimensiones estéticas de las *Cartas marruecas*», NRFH, X, 1956, pp. 194-202 y Matus, E., «Una interpretación de las *Cartas marruecas* de Cadalso», *Estudios Filológicos*, 3, 1967, pp. 67-91.

¹⁹ «Structure in the *Cartas marruecas* of Cadalso», *The varied Pattern. Studies in the 18th Century*, Toronto, Hakkert, 1971, p. 72.

Este relativismo es uno de los ejes centrales del pensamiento de Cadalso. Ya en la *Defensa de la nación española contra la carta persiana LXXXVIII* de Montesquieu, escrita varios años antes que las *Cartas marruecas*, encontramos esta aceptación categórica acompañada de ejemplos de claro sabor feijoniano:

«Todo es respectivo en este mundo, no hay cosa que sea positivamente tal. Una piedra es pesada respecto de la lana y ligera respecto del plomo»²⁰.

Diseño editorial

Antes de seguir avanzando en el significado de las *Cartas marruecas* quiero aludir a otro aspecto formal que pudiera contribuir a esclarecerlas: su diseño editorial. Además de la función distanciadora del marco ya citado en que Cadalso las envuelve, las *Cartas* aparecen sin fecha y no coordinadas. Su falta de sistematización puede relacionarse como lo hacen Matus, Sebold y Varela²¹, con la explicación que Nuño da a Gazel acerca del desorden de sus «Observaciones y reflexiones sueltas» en la carta XXXIX:

«Cuando vi el ningún método que el mundo guarda en sus cosas no me pareció digno de que se estudiase mucho el de escribirlas. Así como vemos al mundo mezclar lo sagrado con lo profano (...) así también yo quiero escribir, con igual desarreglo» (pág. 179).

A Fabri, la heterogeneidad y el desorden en que aparecen los temas le sugiere el ambiente de una tertulia —recuerda la Fonda de San Sebastián— y propone una estructura conversacional²².

Debe tenerse en cuenta, además, como señaló Glendinning²³, que estamos ante una edición póstuma y bien pudiera tratarse de una organización provisional. Tal hipótesis la avalan las diferencias entre el índice de la edición de Sancha y el del manuscrito de Osuna, el que los encabezamientos de algunas cartas no sigan la norma «del mismo al mismo» cuando no han variado los correspondientes, o el contenido autónomo de otras que pudieran haber sido escritas como textos independientes —así la carta L sobre traducciones no menta a ninguno de los tres personajes, a pesar de que el tema había sido discutido por ellos en la carta XXXIV—.

²⁰ Ed. de Guy Mercader, Toulouse, France-Iberie Recherches, 1970, p. 35.

²¹ Matus, art. cit., pp. 71-72; Sebold, *op. cit.*, p. 222; Varela, «Cadalso y el ensayo», *Larra y España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, pp. 224-233.

²² Art. cit., p. 126.

²³ «Structure...», pp. 53 y ss. Hasta el final de este apartado resumiré las, a mi juicio, acertadas observaciones de Nigel Glendinning en el citado trabajo que, sin embargo, me llevarán a conclusiones diferentes a las suyas.

Si, como acabamos de ver, las *Cartas* derivan en parte de los libros de viajes, está claro que Cadalso, al contrario de lo que había hecho Montesquieu, no quiso aprovechar lo que de hilo conductor había en aquéllos: no existe secuencia temporal —la carta VII nos remite a 1774 y treinta cartas más adelante estamos en 1768—, ni espacial —el recorrido de Gazel por la Península resulta caótico—; y, excepto la ruptura de un eje de carro en la carta LXIX, no hay aprovechamiento de motivos relacionados con el viaje en sí.

Sin embargo, Glendinning observa una mínima intención de continuidad argumental. Bastantes cartas están enlazadas por un recurso novelesco común y, sin embargo, aparecen diseminadas; por ejemplo, todas aquellas cartas cuyo tema procede de papeles guardados en la cartera de Nuño —la III, «Historia heroica de España», la XVI, su Prólogo, la carta XXXV de la hermana de Nuño, la XXXIX, «Observaciones y reflexiones sueltas», la LXXVII, títulos postbarrocos—. Esta dispersión logra dar sensación de trabazón argumental.

Otro grupo disperso intencionalmente según esta hipótesis lo formarían las que comparan Marruecos con España, o las que ofrecen definiciones o comentarios del diccionario de Nuño.

La ordenación temática muestra parecida intención. Es obvio que algunas cartas intentan continuar, ampliar, corregir las ideas de otras y sin embargo no siempre este proceso modificador se lleva a cabo por medio de cartas consecutivas: la IV y la XLVIII (sobre el siglo XVIII), o la III y la LXXIII (sobre la monarquía española con los Austrias y los Borbones).

Grupos de cartas concernientes a España son interrumpidos por cartas sobre cuestiones morales y universales con una frecuencia bastante regular.

Lo particular y lo universal

Así pues, lo que las *Cartas marruecas* tienen de misceláneo no afecta sólo al contenido —propuestas de esquematización temática encontramos en Reyes y Camarero²⁴—, sino también a los tonos —en expositivo, narrativo, y dialogal los sintetiza Arce²⁵— y a lo heterogéneo su condición literaria: lo ensayístico, lo novelesco, y lo que de preludio tienen del artículo costumbrista ha sido destacado por Hughes, Baquero y Varela²⁶.

²⁴ En sus respectivos prólogos a *Cartas marruecas*, publicados en Madrid, Editora Nacional, 1975, el primero y en Madrid, Castalia, 1984, el segundo.

²⁵ Prólogo a *Cartas marruecas*, ed. cit., p. 39.

²⁶ Hughes, art. cit., p. 202; Baquero, *op. cit.*, p. 27; Varela, *op. cit.*, p. 231.

Pero esta diversidad aparece en las *Cartas marruecas* subordinada a un objetivo prioritario: ofrecer una visión crítica de la sociedad española o, como se afirma en la Introducción, «tratar el carácter nacional» por medio de ese «patriotismo reflexivo» que ya en 1905 vio Azorín.

Cadalso recurre a alternar lo particular (España, el español) con lo universal (el mundo, el hombre); en ello puede descubrirse, como sugiere Glendinning «a clear patterning of the *Cartas marruecas* which puts Spanish social and political mores in a wider moral and historical context»²⁷. El contexto histórico se logrará, como quiere Hughes²⁸, con un contraste espacial (España/Europa) y un contraste temporal (España actual/España pasado). El contexto moral puede remontarse a la tradición moralística occidental o simplemente engarzar con esa tradición por medio de escritores españoles.

Otros estudiosos han enfocado esta cuestión de otra manera; al deseo ilustrado, universalista, de ser objetivo e imparcial se superpone en Cadalso la perspectiva particular, subjetiva, del español incapaz de observar críticamente aquello que ama: Helman, Sebold, Derozier, el propio Hughes²⁹...

Pero, en la confrontación de pensamientos filosóficos o universales y su aplicación a la particular situación española que se da en las *Cartas marruecas*, unos y otros ven contradicciones que interpretan como el resultado de una tensión entre el ilustrado y el patriota, el intelectual y el soldado, el moralista y el reformador que Cadalso fue o quiso ser. Es decir, acuden al escritor para explicar las paradojas de lo escrito: la autocensura y la censura, la moderación como necesidad de un status socio-profesional, el deseo de ser leído y aceptado por la clase dirigente... se citan como causas de lo que consideran «ambigüedades cadalsianas».

Sin negar lo útil y sugerente de bastantes de estas interpretaciones, que he simplificado en grado sumo, quisiera referirme ahora a otras posibilidades de interpretación que estimo más atinadas por el valor que conceden a dos factores, no reñidos sino complementarios: el ámbito histórico-ideológico en que la obra fue escrita y la configuración estética que Cadalso quiso darle.

El situar la obra en sus coordenadas temporales, desvanece algunas de las llamadas contradicciones o ambigüedades de Cadalso y subraya la consonancia de las

²⁷ «Structure...», p. 65.

²⁸ *Op. cit.*, pp. 41 y ss.

²⁹ Helman, E., «Cadalso y Goya: caprichos y monstruos», *Jovellanos y Goya*, Madrid, Taurus, 1970; Derozier, A., «La cuestión del lujo en las *Cartas marruecas* de Cadalso», *Studi Ispanici*, Pisa, 1977, pp. 95-112; Sebold y Hughes, *ops. cit.*

Cartas con el momento histórico en que fueron escritas, línea seguida, por ejemplo, por Giulia Adinolfi, José Antonio Maravall o Hans Joachim Lope³⁰.

Así, mientras Albert Derozier habla del «nacionalismo oculto» y la «intrasigencia abrupta» de las *Cartas*, heredados por Cadalso de la «Vieja España»³¹, y Sebold cree que «el sentimentalismo nacionalista vence al intelectualismo cosmopolita»³², para José Antonio Maravall, si retrotraemos la cuestión al momento en que la idea de nación empieza a desarrollarse —últimas décadas del siglo XVIII— comprendemos que no existe antinomia ya que «cosmopolitismo, europeísmo e idea de nación van juntos»³³.

Otro ejemplo. Al comparar las *Cartas marruecas* con las *Persas* se ha notado que el análisis objetivo de las leyes del universo y las instituciones humanas era elemento primordial en Montesquieu que apenas existe en Cadalso, centrado en el problema de España. Ello se achacó a su «dolorido sentir», «patriotismo desbordado», «apasionado amor a España»... Pero ya en 1956 Giulia Adinolfi había advertido que esa profundización en lo nacional en detrimento de lo universal respondía «al momento español y europeo en que el racionalismo cartesiano estaba ya extinguiéndose y nacía una actitud empirista y relativista»³⁴. Y tanto Maravall como Lope coinciden en señalar que un nuevo concepto de la historia surge en Europa precisamente con la generación de Cadalso —ambos citan al respecto, el nombre de Herder—. Maravall escribe:

«La línea historiográfica, típicamente ilustrada, tal como se da en un Hume o un Voltaire, se desvía hacia una dirección nueva (...). La historia es un proceso de creación de lo singular, de lo propio, a través del cual se individualiza cada pueblo, y la política ha de tomar en cuenta ese proceso y no reducirse a principios generales»³⁵.

Y las *Cartas marruecas*, en ello está de acuerdo casi toda la crítica, tratan de política, a pesar de su advertencia introductoria. Ello explicaría también, al menos en parte, el escaso exotismo de las *Cartas marruecas* y el predominante papel de las ideas de Nuño. Gazel es el detonante, pero sin un profundo conocimiento de lo peculiar de cada pueblo —el conocimiento representado por Nuño— nada podrá avanzarse con respecto a la reforma del país.

³⁰ Adinolfi, G., art. cit.; Maravall, J. A., «De la Ilustración al Romanticismo: el pensamiento político de Cadalso», *Melanges a la memoire de Jean Sarrailh*, II, ed. cit., pp. 81-96; Lope, H. J., «Pongamos la fecha desde hoy...» *Historia e historiografía en las Cartas marruecas*, *Coloquio*, ed. cit., pp. 211-228.

³¹ Art. cit., p. 106.

³² *Op. cit.*, p. 236.

³³ Art. cit., p. 82.

³⁴ Art. cit., pp. 74-75.

³⁵ Art. cit., p. 84.

La «visión nostálgica»³⁶, «idealizada y retrógrada»³⁷ del XVI español puede no ser tal. Si el presente es el resultado de una historia hecha por los hombres, los mismos hombres pueden construir el mañana.

Por eso, mientras para Glendinning tras la sátira positiva y utilitarista, las *Cartas* expresan «a certain lack of faith in man's ability to reform»³⁸, para Lope «traducen una confianza titubeante pero tangible en las posibilidades de la propia época»³⁹.

Es decir que la discusión sobre la realidad española —conformada de pasado y presente— está en las *Cartas marruecas* claramente orientada hacia el futuro. En el mismo sentido señalaba Adinolfi casi 20 años antes la «decisa volontà di rinnovamento»⁴⁰ de Cadalso en las *Cartas*, y otro tanto observaba Maravall en 1966:

«No siente Cadalso una adhesión castiza hacia lo propio, sino una preocupación nacional por conocer lo peculiar español a fin de conservarlo y depurarlo, de modo que, llegado el caso, su misma reforma se promueva eficazmente, conforme a las posibilidades que el peculiar carácter permite»⁴¹.

Y ese «patriotismo inteligente», como demuestra Sarrailh en su imprescindible monografía⁴², anima a todos los reformadores españoles de la segunda mitad del XVIII.

Estas interpretaciones, y aquí entra el segundo factor a que antes me referí, se adecúan perfectamente al modo en que Cadalso con plena conciencia expresó sus ideas sobre España. Lo misceláneo, lo polifónico, lo perspectivístico que tan profundamente impregna estructura y diseño de la obra indican que Cadalso no quiso escribir un ensayo y, si tratamos de reducirlo a tal «trasladamos al piano, por decirlo con metáfora de Bakhtine, un tema sinfónico».

El tema de la fama póstuma por ejemplo. Ha querido verse, en las vacilaciones de los personajes con respecto a ella —ridiculizada por Gazel, dignificada por Nuño y justificada, pero no admirada por Ben Beley— un reflejo directo del sentir del autor: su mentalidad militar, sus problemas de escritor censurado, etc., etc., se citan para explicar que Cadalso defienda algo que una ideología utilitarista y pacifista debiera rechazar. Lo cierto es que Cadalso plantea un tema discutible y que

³⁶ Di Carlo, G., *José Cadalso*, Palermo, 1938, p. 63.

³⁷ Hughes, *op. cit.*, p. 59.

³⁸ «Structure...», p. 67.

³⁹ Art. cit., p. 227.

⁴⁰ Art. cit., p. 57.

⁴¹ Art. cit., pp. 90-91.

⁴² *La España ilustrada en la segunda mitad del siglo XVIII*, México, 1957.

de acuerdo con la polifonía de la obra las tres posturas aparecen perfectamente argumentadas con sus pros y sus contras.

A mi entender, no hay que buscar respuestas únicas en una obra cuyo propósito es plantear y profundizar en los problemas de su tiempo, reflejar lo plural, lo no monolítico de la realidad. Y ese propósito no sólo aparece explícito en la Introducción⁴³, sino implícito en la forma —pluralidad de voces y visiones— en que dichos problemas se expresan.

En las cartas III, LVII y LIX, ha observado Lope⁴⁴, Cadalso muestra comprender las limitaciones de la perspectiva única. No sólo es consciente de la parcialidad subjetiva del historiador con respecto a la realidad historiada sino también con respecto al lector a quien dirige su mensaje. Y paradójicamente se le ha acusado de ser subjetivo con la realidad hispánica y de moldear sus propias opiniones pensando en la clase dirigente española que iba a leerlo. Pero las soluciones que él da en las *Cartas*, siempre hablando de historiografía, son bien distintas. En la carta LIX, frente a la posibilidad de varios géneros de historia según el receptor a que se dirija, Gazel defiende con energía que todo hombre tiene derecho a saber la verdad:

«Deseo sólo ser filósofo, y en este ánimo digo que la verdad sola es digna de llenar el tiempo y ocupar la atención de todos los hombres» (pág. 220).

Y, en la carta LVII, el mismo personaje propone una historia universal colectiva, donde los condicionamientos étnicos y socioculturales de cada historiador no intenten ocultarse bajo una capa de objetividad que se le figura imposible, sino que resulten realizados al contrastarlos con los de los demás. El «crédito» de su fórmula se basará precisamente en el entrecruzamiento de múltiples perspectivas, en la imparcialidad como suma de parcialidades:

«Pues señale cada nación cuatro o cinco de sus hombres (...), trabajen estos a los anales en lo respectivo a su patria, júntense después las obras que resultan del trabajo de los de cada nación, y de aquí se forma una verdadera historia universal digna de todo aquel cual crédito que merecen las obras de los hombres» (pág. 216).

También sus corresponsales están condicionados por su origen, y las diferentes perspectivas desde las que discuten la realidad española explican las contradicciones que Cadalso no trata de eliminar sino de realzar como el hecho original y más propio de todo diálogo entre el hombre y su realidad, diálogo que como algu-

⁴³ «Parecerán ridículas sus frases de algunas cartas a un europeo (...); pero también parecerán inquantables nuestras locuciones a un africano. ¿Cuál tiene razón? ¡No lo sé! No me atrevo a decirlo» (ed. cit., p. 79).

⁴⁴ Art. cit., p. 223.

na vez se ha escrito «busca soluciones provisionales en un mundo que tal vez no las permita definitivas».

Algo hay del «diálogo inconcluso» del que habla Bahktine en las *Cartas marruecas*. Y Cadalso logra entablarlo gracias a un distanciamiento crítico muy cervantino. «Manteniéndose a distancia de lo que escribe —afirma Edward C. Riley a propósito de Cervantes— puede unir ideas contradictorias sin afirmarlas ni negarlas y abre el camino a la multiplicidad de perspectivas de la novela moderna»⁴⁵. Cadalso está aún en los umbrales de ese camino y además no es un escritor genial, pero ello no impide que podamos apreciar su habilidad para evaporarse entre sus criaturas y proponer al lector, desde las voces de aquéllas, un fructífero diálogo con la realidad de su tiempo.

Cadalso no es desde luego un renovador del pensamiento y carece de la originalidad de los grandes creadores. El interés de su obra reside sobre todo en haber sabido reflejar las preocupaciones más candentes de su época a través de una personal utilización de fuentes españolas y extranjeras que lo convierten en uno de los escritores más creativos de la Ilustración española.

⁴⁵ *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1971, p. 59.